

LECHO DE INSOMNIO

Francisco Nieves Calvo¹

El alba, aún lejana.
En esta hora,
cuando el día comienza a tener nombre,
emerges tenue
desde el silencio y la penumbra,
bordeando las orillas de mi insomnio.

Desdibujada, leve, tu presencia
me hace evocar perdidas sensaciones.
Aromas y sabores
domésticos, primarios, cotidianos,
llegan desde el olvido
de una niñez remota.
Brotan de mis profundidades abisales,
de un laberinto espeso de recuerdos.
Hojas de anís silvestre,
canela dulce en rajas,
ramilletes de yerbabuena fresca.

Los percibo uno a uno.
Surgen junto a tu sombra
y mitigan los nudos de mi angustia
que, en estos duermevelas,
conmueven las raíces, el follaje
de este árbol cobrizo ya en otoño.

En madrugadas suaves, armoniosas,
vienes azul, volátil,
ofreciendo en el cuenco de tus manos,
como antaño,
oasis, nidos nuevos, clorofila,
miel en panal y naranjas maduras
que alivian el dolor de mi memoria.

En otras agitadas, angulosas,
al vislumbrar tu ceño endurecido,
quedo en agobio
con mis arenas negras, abrasivas,
mis yermos de ceniza y de basalto.

Anclado en mi vigilia,
espero en vano el roce de tus dedos,
el tacto maternal que no santigua
a la frente febril que te adivina.
Y te busco, palpando en el vacío,
sin lograr que mis ansias
puedan pulsar tus sístoles diluidos.
No encuentro tus claveles ni tus trigos,
solamente los ecos de tu nombre
cada vez más distantes de mi entorno.

Vuelvo entonces, solitario, al insomnio,
al soliloquio interno,
aguardando que en otra amanecida
queden las huellas tiernas de tus sueños
en oquedades tibias, en mi almohada.

mayo-julio de 2000

¹ Asesor de la Facultad de Educación/ Miembro del Coloquio Universitario